

LAS RELACIONES ASIA-PACÍFICO

Por JOSÉ ANTONIO CRUZ MORO

La vecindad como origen de conflictos

La historia de las naciones y pueblos está marcada de forma necesaria por la interacción con sus vecinos. La Federación Rusa comparte con los países asiáticos en su actual trazado un total de 13.951 kilómetros, destacando sobre la demás, sino en distancias, sí en número de problemas remanentes de la historia la que la une, o separa, de China.

El apunte del «actual trazado» aunque dándolo por obvio tiene una connotación especial, y no es otra que la separación formal actual de la Federación Rusa con algunos de sus vecinos no impide haber tenido una historia política común de forma más o menos forzada, en base a la coexistencia nacional bajo el marco de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Historia común que permite por un lado a los nuevos Estados, y muchos de ellos pertenecientes a la Comunidad de Estados Independientes (CEI), tener un apoyo permanente en los foros internacionales por parte de la Federación Rusa, así como los beneficios derivados de la supresión de ciertas imposiciones comerciales. Aranceles, control de aduanas, movimiento de mercancías, personas y capitales, y mayor flexibilidad en ciertos límites de financiación empresarial que tanto pueden beneficiar a países en vías de desarrollo, poseedores además de grandes reservas energéticas.

Por otro lado, la Federación Rusa identifica a sus recién nacidos vecinos como parte de su colchón estratégico, tanto como para incluirlos como

tales en el quinto punto de la denominada «Doctrina Medvédev» para la política exterior de la Federación Rusa por parte de su presidente, y textualmente:

«... Al igual que en otros países, hay regiones en las cuales Rusia tiene intereses privilegiados. Estas regiones son el hogar de países con los que compartimos especiales relaciones históricas y estamos unidos como amigos y buenos vecinos. Prestaremos especial atención a nuestro trabajo en estas regiones y crearemos lazos de amistad con estos países, nuestros vecinos más cercanos.»

La determinación del Estado ruso para dar cumplimiento a las intenciones de su presidente no hay que tomarla de forma baladí, de hecho una clara muestra la tuvimos el verano de 2008 con la invasión de áreas de interés ruso en Georgia, con el supuesto fin de la protección de minorías étnicas rusas. En las declaraciones posteriores de los responsables políticos rusos en todos sus niveles, se dejó claro el hecho de que no se permitiría bajo ningún concepto constreñir sus fronteras exteriores, cuando de Georgia se trataba y con fronteras internacionalmente reconocidas y diferenciadas de las rusas.

Pero tal «Doctrina» no es un concepto estratégico nuevo para la Federación Rusa puesto que en el año 1993 el Estado ruso declaró abiertamente que su principal prioridad territorial era defender las fronteras exteriores de los países de la CEI, más que proteger las de Rusia con aquéllos. La zona de amortiguamiento así creada lo era con el fin último de defender el territorio ruso de una potencial invasión por parte de China o Estados islámicos del sur. Se comenzó entonces con el desarrollo del concepto «transparencia de fronteras» que como contrapartida tiene un efecto limitador respecto a la liberalización aduanera de Rusia con la Unión Europea. Geográficamente sólo Kazajistán es país asiático fronterizo perteneciente a la antigua URSS, pero ello no está exento de ciertos matices de carácter político, estratégico y de seguridad. Salvo en la zona del macizo del Altai, Kazajistán no tiene una fortaleza física suficiente como para suponer un obstáculo físico natural para acceso terrestre hacia la Federación Rusa, como es el caso de la práctica totalidad de las fronteras rusas con los países que circundan la Federación. Para solventar las deficiencias de las posibles opciones de respuesta y a modo de ejemplo, la Federación Rusa ha incluido como cinturón defensivo estratégico de forma presencial a los vecinos del sur asiático Kirguistán y Tayikistán, tanto con Unidades de Guardias de Fronteras como

de Fuerzas Armadas, y lo que es de resaltar, que con la total connivencia y convencimiento por parte de los países receptores.

Con los antecedentes narrados pretendemos sentar un punto de partida inicial para la exposición de los conflictos fronterizos latentes de la Federación Rusa en su «patio trasero» desde la perspectiva occidental, área que por otra parte está siendo asegurada con no pocas concesiones de significativo calado por parte de la Federación, cuyos beneficios, públicos o no, se podrán determinar a corto o medio plazo.

La primera mirada debemos hacerla hacia China. La historia de las relaciones chino-rusas, posteriormente chino-soviéticas y de nuevo chino-rusas está plagada de acuerdos, desacuerdos, ruptura de tratados y numerosas intenciones de relación amistosa que hasta hace poco más de un año no han sido «definitivamente» resueltas según los mandatarios de ambos Estados. Las disensiones han incluido por poner un ejemplo, aspectos semánticos como la concepción de China como conjunto de naciones, interpretada por los rusos-soviéticos en términos amplios de extensiva lectura según conviniese en cada momento entenderlos en la escena internacional, y más en concreto a tenor de cómo valorar el concepto nación en la frontera europea, e implícitamente en el área de Polonia.

Los diversos tratados se remontan a la época de la dinastía qing y zarista. En ocasiones con la debilidad de uno u otro Estado, y con mayor frecuencia la de China, las negociaciones fueron solucionando los problemas de definición fronteriza de amplias áreas aunque no así el detalle de las mismas.

Desde el punto de vista de reivindicaciones de posesión geográfica, las diferencias entre ambas naciones se concentraron en la confluencia de los ríos Argún y Shilka para formar el Amur. En el lugar se forman una serie de pequeños islotes que en conjunto suman poco menos de 300 kilómetros cuadrados, en la que destaca la isla de Zhembao, y que afectan a menos del 2% de la frontera común entre ambos países. Pues bien, esa pequeña porción de tierra atravesada por numerosas vías fluviales supone uno de los pocos puntos fuertes en la frontera del territorio Lejano-Este del actual Estado ruso. No es de extrañar por ello, que a la finalización de la Segunda Guerra Mundial en plena efervescencia de la idea del expansionismo socialista soviético y plenitud de fuerzas militares y de intenciones, fruto de la victoria en la contienda recién finaliza-

da, las tropas rusas estableciesen de forma permanente unidades en los islotes de la zona. La costumbre se convirtió en derecho consuetudinario oficiosamente forzado desde la URSS e inicialmente el canal circundante a la isla Zhembao, más próximo al terreno soviético, se consideró de dominio natural por la parte rusa. Con posterioridad las autoridades soviéticas entendieron e interpretaron que todo el curso navegable de los canales y ríos de la zona hasta la orilla china eran de propiedad y control exclusivo suyo.

Las incursiones y escaramuzas de los soviéticos y las consiguientes réplicas chinas y acciones derivadas de ellas por parte de los primeros aumentaron la tensión, primero en marzo de 1969, alcanzando el punto álgido en agosto de ese mismo año en el área de Xinjiang. A tal punto llegó el enfrentamiento que no pocos analistas dieron como una posibilidad de mediana probabilidad el enfrentamiento nuclear entre ambas potencias, en aquel momento claramente a favor de la extinta URSS.

Superada la crisis en cuanto a opciones de respuesta militar, la diplomacia del *ping-pong* por parte de los dirigentes chinos y estadounidenses dio sus frutos, en la que China se erigió como colaborador y nuevo aliado de Estados Unidos en el Lejano Oriente, con las lógicas reticencias por parte de la URSS.

Remanentes de tales acciones deben considerarse por ejemplo la mínima implicación china en la guerra de Vietnam a partir del año 1971, en la que Rusia pasó a ser el único valedor de las facciones vietnamitas de Ho Chi Minh, o la respuesta militar desproporcionada de China ante la acción vietnamita en Camboya pese a estar motivada de forma oficial para detener la acción genocida de los jemeres rojos.

Pero desde el punto de vista territorial tal y como se apuntó previamente con referencia a la «Doctrina Medvédev», las diferencias entre China y Tayikistán por parte de la frontera que comparten por poner un ejemplo, son a su vez diferencias entre China y Rusia.

Pero las disputas fronterizas no son sólo territoriales. La extensión en la interpretación del concepto nación ya referida con anterioridad permitió unas veces de forma velada y otras más abiertamente fomentar los movimientos subversivos interiores en determinadas áreas, como pudiera ser el área de Xinjiang, efectos que aún se dejan sentir en China, siendo una de las prioridades del Estado chino luchar contra uno de los definidos como «demonios» de la nación, el separatismo. Salvo por algún medio

de comunicación local, no ha sido mencionada de forma oficial la posible intervención extranjera en la zona en los recientes acontecimientos de luchas interétnicas del pasado mes de julio y de agresiones con inyectables a personal de etnia china en agosto, aunque no por ello se olvida a nivel popular, como residuo de la sempiterna propaganda nacional, la posible influencia de más allá de la frontera.

Al igual que China, Japón ha tenido sus enfrentamientos territoriales con la Federación Rusa heredados de la antigua URSS y previa a ésta. Así es que Japón y la Federación Rusa mantienen viva en sus respectivas dialécticas políticas el conflicto latente de las islas Kuriles, (para los japoneses los «territorios del norte»), y los derechos pesqueros en la plataforma costera de Sakhalín, convirtiéndolos en las dos naciones que tras el final de la guerra fría, aún no han normalizado totalmente sus relaciones y manteniendo vigente su declaración formal de guerra a la antigua usanza.

La zona en disputa fue conquistada por la antigua URSS en la zona aledaña a la franja costera asiática dominada por Japón, tras el colapso defensivo japonés fruto de la acción nuclear estadounidense en el territorio insular. Ha habido numerosos intentos de normalizar la situación desde los años noventa con fórmulas de todo tipo como inversiones de desarrollo compartidas al 50% por ambos Estados, mediante flexibilización de movimientos de personas, (en su gran mayoría de origen étnico japonés pese a los reasentamientos forzosos en otras zonas de la URSS durante la posguerra estalinista), mediante provisiones de cesión de autogobierno, etc.

En todo caso, ninguna de ellas ha tenido resultado. Hay dos factores principales que afectan por separado a cada uno de los Estados pero que tienen de fondo la opinión pública de los respectivos países y que por ello condicionan sobremanera la acción política y la libertad de acción de los gobernantes que salen elegidos en las urnas.

En la Federación Rusa, los intentos de normalización de la situación a base de concesiones a Japón en el área por parte del anterior presidente Vladimir Putin, predispusieron a la población del Lejano-Este ruso en contra de cualquier medida de flexibilización respecto a las reivindicaciones territoriales japonesas en la zona. En Moscú además, hubo políticos que no cesaron en sus esfuerzos para elevar el tono de dureza sobre la cuestión. Por otro lado, la resolución del conflicto de los territorios del norte de forma beneficiosa para la nación japonesa se contempla de forma permanente en la agenda de los programas políticos de los par-

tidos japoneses, indistintamente de la orientación política que tengan y por tanto condicionan el margen de maniobra posterior de los dirigentes respecto al problema.

Durante un corto periodo de tiempo iniciado en el año 1993 existió un foro de cooperación económica en la isla de Sakhalín que facilitó la inversión japonesa en la zona. Una vez suprimido tal foro, la nula inversión japonesa forzó a Rusia a ampliar su apoyo económico interno a la zona en una época de bonanza económica y crecimiento, percibida por la población local como beneficiosa. El resultado fue la percepción local del innecesario apoyo japonés, es decir, un factor negativo más a sumar a cualquier cooperación ruso-japonesa. De hecho el Gobierno ruso se ha planteado seriamente la posibilidad de establecer en Sakhalín y las islas Kuriles un área de libre comercio, lo que a la postre no dejan de ser ventajas fiscales que en una economía tan intradependiente y regulada como la japonesa sería inviable.

Aunque no ha sido algo frecuente, unas veces justificadas por errores de medición náutica y otras por motivos de consideraciones reivindicativas no solucionadas, ha habido denuncias de invasión de aguas territoriales japonesas por parte de buques comerciales y militares rusos, aunque ello no ha supuesto un deterioro significativo en las ya de por sí maltrechas relaciones ruso-japonesas. Pese a todo lo antedicho, el cambio de gobierno nacional japonés en las últimas elecciones generales de agosto de 2009, pudieran ofrecer nuevas expectativas, si no de solución, si de orientación de las negociaciones, aunque aún está por ver la reacción del pueblo japonés ante cualquier flexibilización de posturas sobre un tema de carácter nacional de hondo calado cultural e histórico.

Si se pudieran destacar las relaciones de la Federación Rusa con algún país asiático con los que no comparta frontera, ni en su entorno inmediato de la CEI, pero que pudiera ser elemento de discordia es la India. Los fríos datos arrojan una relación de permanente concordia entre ambos países pero con una gran salvedad, la concordia de ambos es fruto de su mutua discordia con China.

Pero no es un juego a tres bandas, sino a cuatro por no olvidar Pakistán. Lo que presenta la zona es un escenario muy interdependiente por la cuestión apoyo mutuo y cruzado entre Pakistán-China y Rusia-India. Muestras de ello son el apoyo chino al desarrollo de determinadas comunidades de origen étnico oriental más allá de las permeables fronteras

de Kirguizistán, Tayikistán y Kazajistán, el mutuo enemigo ruso-indio con Pakistán, uno por motivos de dominio estratégico y el otro por motivos religiosos, así como el claro apoyo paquistaní a las facciones talibanes durante la invasión soviética de Afganistán.

En sí el área del más cercano oriente sur de la Federación Rusa es un castillo de naipes montado sobre una más que inestable mesa de frágil paz, permanente tensión y recelo, conformada por Irán, Afganistán, Pakistán e India, que de forma más o menos preocupante mantienen a la Federación Rusa expectante a las posibles acciones o reacciones chinas.

En definitiva, las buenas relaciones ruso-indias lejos de ser un factor de estabilidad regional, suponen «una espada de Damocles» en forma de deuda de gratitud para actuar también sobre los intereses de un «enemigo» común.

No pretendemos tomar en consideración en este capítulo las especiales connotaciones que respecto a la influencia en seguridad puede suponer Afganistán para la Federación Rusa en su área de influencia más cercana, ya que por sí mismo Afganistán presenta una encrucijada de difícil solución con mucho que ver con la seguridad y estabilidad de los países que la circundan, ni es el área geográfica de estudio al que nos referimos, pero su frontera común con Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán, todos ellos Estados soviéticos y con no pocas tendencias disgregadoras internas por razón de extremismo religioso, hacen de este país un objeto pasivo de observación a los ojos rusos, puesto que también existen minorías musulmanas en su país.

Con los países asiáticos de la CEI, tanto el fronterizo Kazajistán como el resto no limítrofes con la Federación Rusa, Uzbekistán, Tayikistán, Kirguizistán y Turkmenistán (este último en condición de asociado), no existen excesivos problemas de relación que a priori pudieran generar tensiones no deseadas con la Federación.

Hay dos aspectos parcialmente ajenos al control ruso en estos países que de forma indirecta dejan cabos sueltos en su relación con los países asiáticos de la CEI y en ambos casos referidos a Turkmenistán. En primer lugar podríamos considerar a Turkmenistán como un eslabón perdido con referencia al control ejercido sobre su crudo y gas natural por parte de Rusia. Su aislacionismo y forma de vida tradicional le han proporcionado por otro lado la libertad de negocio suficiente como para fijar los

precios de sus recursos naturales en los límites que desde un punto de vista meramente nacional ha considerado necesarios, sin tener que atenerse a normas de control de precios específicos. Ser capaz de ofrecer, y vender, a compañías rusas el precio de su petróleo y gas natural a más del 100% del precio de mercado, no le han impedido el establecer relaciones preferentes con China aún a costa de incrementar su producción de gas natural en más de un 80% y de petróleo en más de un 100% a costa de sus reservas. El comportamiento anárquico en sus transacciones comerciales se refleja igualmente en sus prioridades estratégicas, ya que aún suministrando combustibles a Europa, tampoco cede a las presiones de la derivación total de su producción energética hacia el Viejo Continente a través de Turquía.

En segundo lugar, Turkmenistán es un país de tradición islámica, tradición que comparte con la provincia autónoma de Xinjiang en China, foco de problemas de extremismos independentistas otros de corte religioso, cuando no ambos relacionados. La sola denominación de la provincia autónoma china de Xinjiang como Turkmenistán Oriental fueron orígenes de conflictos en época de la antigua URSS que se arrastran de forma latente en la actualidad, tanto como para ser uno de los pequeños detalles a salvar para el ingreso de Turkmenistán en la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), organización que poco a poco va ganando terreno como actor regional de relevante importancia en temas de seguridad, y en la que tanto China como Rusia pretenden dejar claro su liderazgo regional.

Separados de la Federación Rusa por países como China y la India están los países del sureste asiático, en los que las bases de colaboración entre estos últimos y Rusia están orientadas principalmente en intereses de tipo económico y de antiguas amistades y deudas políticas de la época de la guerra fría. Países como: Vietnam, Myanmar, Camboya y en menor medida Tailandia son exportadores de artículos alimenticios y manufacturas de bajo coste hacia Rusia. De ésta importan principalmente combustibles y minerales en bruto.

Geográficamente el control del espacio marítimo del sureste asiático no reportaría mayores beneficios a la Federación Rusa que el hecho de la estabilidad regional con obligaciones presupuestarias dedicadas a ello. No es un área preferente para Rusia, aunque sí para China. El estrecho de Malaca y sus áreas marítimas circundantes son unas preciadas vías de comunicación de recursos energéticos mediante las que China y Japón

se aseguran su suministro, la primera como diversificación de vías de entrada y el segundo como casi único flujo energético constante.

Dejar para el final de este primer apartado las relaciones de la Federación Rusa con la península de Corea ha sido un acto intencionado. La presencia de dos países enfrentados en áreas de interés ruso no pasa desapercibida, y, aunque hagamos un estudio centrado de forma consecutiva para cada uno de los dos países, recomendamos realizar la lectura tomando como referencia geográfica toda la península coreana.

La Federación Rusa y Corea del Norte comparten una frontera limitada a poco más de 18 kilómetros fruto de la compra de territorio chino hace más de 140 años. Ese limitado espacio geográfico ha permitido un flujo más o menos constante de tráfico mercantil entre ambos Estados. La relación de «amistad entre pueblos» tan cacareada por los anteriores líderes soviéticos, en el caso de Corea se fraguó de forma especial con el componente de necesidad de apoyo mutuo ante el enemigo japonés en el periodo entreguerras y durante la Segunda Guerra Mundial. A ello debe unírsele la componente personal. Kim Jong IL (I), anterior presidente de la República Democrática de Corea (Corea del Norte) y padre del actual dirigente norcoreano y homónimo Kim Jong IL (II), fue líder del movimiento de liberación coreano contra la ocupación japonesa. Con posterioridad fue «elegido» como futuro dirigente de la recién creada República de Corea (Corea del Sur). No en vano, su hijo y actual presidente es ruso de nacimiento (concretamente de la villa de Viatskoe, habiendo recibido incluso como nombre ruso el de Yura).

Aunque la extinta URSS tomó parte en la guerra de Corea de forma selectiva en tareas defensivas del espacio aéreo y en las inmediaciones del río Yula, su participación no fue oficial, con lo que tales reticencias a dar legitimidad a la contienda pasó factura a la URSS con el distanciamiento de Corea del Norte una vez finalizado el conflicto, distanciamiento que no impidió el comercio entre los Estados y el trasiego migratorio de formación de estudiantes desde Corea a la URSS o responder positivamente a las instigaciones soviéticas para actuar sobre los barcos espías americanos en aguas internacionales, como fue el caso del *USS Pueblo*.

Con la política aperturista y de transparencia económica del entonces presidente soviético Gorbachov, se impusieron exigencias de cambio monetario específico con todos los países, incluyendo Corea del Norte, la cuál tenía una serie de ventajas arancelarias sobre el resto. Esta im-

posición produjo un serio distanciamiento entre los dirigentes de ambos Estados que se acentuó en la época del presidente ruso Boris Yeltsin.

Los números macroeconómicos norcoreanos, quizás mediatizados por la acción política interna, indican que tal decisión rusa pudiera ser si no el motivo principal, sí un acicate para la gran crisis económica norcoreana que devastó el sistema alimentario autárquico de la nación hasta límites insospechados en el área asiática, en la que las hambrunas llegaron a ser periódicas.

Al hablar de Corea del Norte no se puede obviar su programa de desarrollo e investigación nuclear y aeroespacial. Dejando de lado la dudosa eficacia técnica de tales programas, las intenciones de resolución del conflicto han pasado de forma permanente por la aplicación del sistema de conversaciones a seis bandas, en relación con los países implicados en las mismas, las dos Coreas, China, Rusia, Japón y Estados Unidos. Lejos de ser percibida por la parte norcoreana la presencia de la Federación Rusa en el foro de conversaciones como un apoyo, se ha visto como un continuismo de la política norteamericana en el asunto, si no como apoyo tácito, sí como nula oposición a los intereses en la zona de norteamericanos, surcoreanos y japoneses según la dialéctica de los dirigentes de Corea del Norte.

Con respecto a Corea del Sur, las relaciones aunque escasas, han tenido un marcado acento económico. Las limitadas relaciones diplomáticas no fueron obstáculo para realizar transacciones comerciales entre ambos países, aunque lo eran de forma indirecta a través de países de Europa del Este, Singapur o Hong Kong.

Las reticencias y desconfianzas mutuas debido a las variables relaciones URSS-Rusia, Corea del Norte han impedido hasta no hace mucho tiempo las posibles transferencias tecnológicas desde Corea a la Federación Rusa, siempre vigiladas por la administración norteamericana.

Bases iniciales de colaboración. Rusia como parte del «bloque asiático»

Con todo lo expuesto hasta ahora, pudiera entenderse que el panorama de posibles colaboraciones entre la Federación Rusa y su área geográfica de Lejano-Este se limitarían a poco más que un ten con ten de inte-

reses enfrentados, recelos, desconfianzas y doctrinas del «menor daño mutuo posible».

Sobre ello creemos acertado suponer que muy probablemente la situación ha tornado radicalmente hacia el sistema de relación China-Rusia de «máximo beneficio mutuo» que de forma aparentemente eficaz se está extendiendo al resto del continente asiático. Los réditos de esta nueva orientación en áreas de seguridad regional no parecen pocos, al menos en cuanto a unos primeros pasos en busca de la estabilidad, que de forma lógica debiera conducir funcionalmente a otros avances más o menos acusados en otros campos como la economía (principalmente), tecnología, transferencia de población y bienes, cultura, etc.

No debemos perder de vista que la Federación Rusa es el paradigma de la tierra corazón de las teorías geopolíticas de McKinder y a decir verdad, no se puede decir que no sea cierto en la actualidad aún con los avances en los transportes y la globalización económica mundial, ya que los sucesivos gobiernos rusos, y de forma cada vez más acentuada, en efecto están reforzando su poder interior asegurando sus franjas fronterizas inmediatas, así como de forma no tan manifiesta, interrumpiendo si no las líneas de comunicación de sus «potencias opositoras» (si damos por válida la expresión), sí al menos su capacidad de influencia. Las formas son diversas puesto que diversos son los escenarios y las áreas de colaboración presentados por cada país, pero de una u otra forma, la Federación Rusa va ganando terreno y de forma segura, en el campo asiático en materia de seguridad. Quizás con la necesaria colaboración de China, pero ¿para qué oponerse? Y no sólo con China.

Especificar cada uno de los asuntos que pudieran englobarse en el concepto seguridad regional es muy ambicioso, y de igual forma sería labor ímproba pretender sintetizar en un único párrafo todos aquellos «pequeños grandes detalles» que en el concepto seguridad intervienen en el área asiática. Por ello haremos un recorrido por aquellos campos de colaboración de la Federación Rusa con su entorno asiático que entendemos que de una forma directa influyen en la seguridad regional, y por tanto, son de interés para la Federación e influyen en su política exterior.

Específicamente relacionada con la seguridad encontramos la OCS cuyos intereses comunes relativos a ella unen a todos los Estados que la componen: Rusia, China, Kazajistán, Uzbekistán y Tayikistán. La pertenencia común no supone el haber solventado los problemas latentes

entre sus componentes, pero se han limado posturas adaptándolas al consabido beneficio mutuo.

Uno de los principios básicos de la Organización es la no ingerencia en asuntos internos de cada uno de los países miembros. Temas como «democracia», «lucha contra el terrorismo» y «derechos humanos», nunca han sido objeto de citas por parte del resto de componentes de la OCS ni cuestionados en fondo ni forma por ninguno de los miembros respecto a los demás.

Lo cierto es que la OCS, aún con la amplitud del foro, no es más que una forma de colaboración ruso-china posible de las muchas estudiadas.

En términos actuales, la prosperidad china va pareja a un reciente crecimiento de la economía rusa y un resurgir de su ideal nacionalista, (quizás más rápido de lo previsto incluso por las propias autoridades rusas), con lo que las fuerzas económicas presentes y de política futura de ambos países estén más equilibrados y el peso de su influencia en la OCS sea equitativo, y por tanto tal paridad haga entender la competencia por el liderazgo de la misma como un acto innecesario. El sistema romano de «divide y vencerás» se presenta como un escenario más dificultoso para Occidente en caso de necesidad estratégica en la zona asiática.

Como uno de los resultados inmediatos obtenidos en el marco de la OCS se puede incluir el acuerdo ruso-chino firmado el día 21 de julio de 2008, mediante el cual Rusia entrega parte del territorio limítrofe precisamente en el área del río Amur e isla de Zhembao, en el que Rusia hace una cesión de propiedad y nacionalización en la que además como protocolos adicionales se demarcan y especifican claramente los mapas fronterizos. En términos concretos, las disputas territoriales entre China y Rusia están «formalmente» finalizadas. Y no parece ser uno más de los posibles acuerdos a romper en un futuro inmediato, puesto que las disputas fronterizas pasan a un segundo plano frente a las ventajas económicas que se pueden desprender de la armonía regional. A continuación veremos el porqué.

Dentro del marco de la OCS y ya en el año 2003, se dio un impulso a la cooperación económica proponiéndose una zona de libre comercio a largo plazo, que se materializó en una serie de medidas concretas al año siguiente como primeros pasos de un largo avance. De ahí, en la Cumbre de Jefes de Estado de Moscú y en sólo dos años se pasó a definir como prioridad de la OCS los proyectos energéticos conjuntos como la explo-

ración de nuevos yacimientos de hidrocarburos, cooperación en los sectores de gas y petróleo así como la creación de un consejo interbancario capaz de financiar tales proyectos.

De esta forma se afianzaba la cooperación del conjunto pero por qué no decirlo, especialmente de Rusia y China, campo económico en el que siempre habían basado sus relaciones.

China ofrece una vía de escape a Rusia en el tema energético básico en cuanto al aspecto económico con Europa de fondo. El flujo de petróleo por el oleoducto del Cáucaso es lo suficientemente importante para Europa como para no poner en riesgo las relaciones con Rusia. Ya se mostraron las bazas energéticas en la primera crisis del gas en Europa en el año 2006. Lo sabía entonces el actual primer ministro y actual presidente en la sombra, Vladimir Putin. Y la situación no cambió en la crisis del año 2008 y permanece igual en 2009. Estas crisis han reorientado la política energética soviética hacia el Lejano Oriente mediante el sistema que se pretende sintetizar a continuación.

Rusia ofrece un flujo energético a precio razonable que las economías europeas, por ahora, pueden afrontar. Las posibles medidas de fuerza a adoptar por Rusia son encarecer los precios (con la consiguiente necesidad de Europa de buscar nuevos proveedores, establecer nuevas rutas seguras de abastecimiento y negociar para asegurar estabilidad de precios posteriores), o de forma extrema, interrumpir el suministro.

Ninguna de las dos medidas queda sin respuesta desde Europa, la misma en ambos casos tanto de forma voluntaria como forzada por la acción inicial de Rusia, que no es otra que el corte de flujo de capital. Capital necesario para la continuidad de las explotaciones energéticas en lugar de origen.

Con una simple inspección de los oleoductos y gasoductos asiáticos, se puede observar que prácticamente todos ellos tienen como puntos de origen los países de la antigua URSS y como puntos finales hacia Oriente los puestos fronterizos con China. En la actualidad, de los países del área además de Rusia aunque de forma limitada por serlo las infraestructuras actuales, solamente Kazajistán suministra gas y petróleo a China, mediante transporte por carretera y a través del oleoducto, aún en construcción en el área kazaja, que atraviesa la región de Xingjian.

Con la nueva colaboración y la construcción de dos oleoductos centrales (atravesando Kazajistán y Uzbekistán), así como el oleoducto Transiberiano que alcanzará la costa este de China, Rusia se asegurará un futuro comprador de aquellos suministros hidrocarburos que Europa no pague. En caso de ver la luz el gasoducto mongol que une la zona de Krasnoyarsk con el lago Baikal y a través de las vastas llanuras de Mongolia hasta Pekín, serán además más reducidos los costes de envío.

China, con una necesidad imperiosa de recursos energéticos capaces de sostener su ritmo de crecimiento económico, no sólo los pagará, sino que cubrirá con creces los gastos derivados del transporte que soporta, asegurará sus rutas de abastecimiento mediante una duplicidad de vías de entrada respecto a las marítimas que utiliza en la actualidad, cercanas a Taiwan, y diversificará las posibles entradas terrestres de hidrocarburos esquivando la siempre problemática área de Xingjian, por la que transcurre el oleoducto desde Kazajistán.

Aunque con muy diferentes formas de control sobre las fuentes de energía, ambas economías, la rusa controlada por el Estado mediante propiedad y la férrea vigilancia de las grandes empresas y la china en la que la omnipresencia del Partido Comunista establece objetivos y acciones en materia energética, son los complementos ideales para desarrollarse. El perfecto comprador con el perfecto vendedor con máxima rentabilidad económica y estratégica.

El planteamiento expresado ha tenido su materialización concreta mediante el acuerdo ruso-chino de fecha 21 de abril del presente año con un horizonte temporal de 20 años. El fondo del acuerdo es «energía por inversiones». Aún sin demasiados detalles de los siete acuerdos que dan forma al acuerdo, Rusia proveerá a China de suministro de combustible estable y fiable y China establece un plan de financiación entre el Banco Chino de Desarrollo y la Compañía Rusa de Transporte en Oleoducto, como una de las grandes necesitadas de apoyo económico para mantenimiento de infraestructuras, más incluso que las inversiones necesarias en los procesos de extracción. El convenio se suma al préstamo de 10.000 millones de dólares de China al monopolio ruso de los oleoductos Transneft, y otros 15.000 millones a la petrolera Rosneft a cambio de 300 millones de toneladas de crudo en las próximas dos décadas.

Por otro lado, la opción nuclear china, entendiendo como tal la venta masiva de Fondos del Tesoro norteamericano de los que China posee

grandes cantidades, en cifras sólo superadas por Japón, pudiera llevar al traste a la divisa dólar, tanto como para hacerle perder el valor de unidad monetaria de referencia. En ese sentido, el primer apoyo a China fue proporcionado por Rusia, que aunque tal posibilidad fue rechazada en la última cumbre del G-20, todo parece indicar que los planes a ejecutar tal acción están en marcha a tenor de la drástica reducción de tales Fondos tanto por China como por Rusia, reducción de Fondos del Tesoro a la que se está viendo igualmente arrastrado Japón, y no sin justificación. En contra de tal medida se alzan las voces de los que proclaman un cataclismo de inversiones financieras de todo tipo en el caso de que el dólar pierda la confianza en él depositada por los Estados, pero ya se sabe, que a grandes males grandes soluciones, y cambiar la divisa dólar como valor de referencia es una de las posibles.

Aún con la poca satisfactoria situación de las reclamaciones territoriales y la vigente «declaración de guerra formal» entre Rusia y Japón, el factor unificador entre ambos se llama China. Los incrementos de poder económico y militar chinos vistos desde la perspectiva japonesa, se unen a los de disminución de población rusa de origen eslavo en el área del Lejano-Este de la Federación, a favor de población de origen asiático, aún con los desplazamientos forzosos de habitantes llevados a cabo en la era soviética mediante el Programa de «Tierras Vírgenes».

La preocupación es real, aunque no es de esperar acciones conjuntas por parte de Rusia y Japón en forma de presión sobre China, y menos ahora desde la parte rusa en la que tiene de colaborador (y magnífico comprador) al principal actor asiático.

Económicamente Japón ha podido ofrecer apoyo financiero a Rusia, pero los grandes proyectos de colaboración en materia económica han fracasado, unas veces por el sistema de impuestos, otras por la falta de paridad comercial de la moneda rusa y por ello la ausencia de transparencia en los cambios establecidos, y otras por la inseguridad jurídica presentada desde Rusia en un entorno en el que las grandes corporaciones son controladas desde el Estado.

Pero, si el gran problema actual entre la Federación Rusa y Japón es de índole geográfica, el mismo está siendo abordado desde el año 2008 con una nueva perspectiva de diálogo permanente en el que se pretende retomar la política de devolución de «dos más dos» (en referencia a la devolución paulatina de las cuatro islas del archipiélago de las Kuriles en

disputa), iniciadas por Putin y Mori en el año 2001, por entonces respectivos primeros ministros ruso y japonés.

Debido a los claros intereses de sendos Estados y la presión de sus respectivas opiniones públicas respectivas, la cuestión por ahora no tiene fácil solución, pero al menos mantiene a ambos Estados inmersos en un proceso de diálogo que permanecía muerto desde el año 2002. A lo antedicho, el cambio de Gobierno nacional japonés en las últimas elecciones generales de agosto de 2009, pudieran ofrecer nuevas expectativas, si no de solución, si de orientación de las negociaciones, aunque aún está por ver la reacción del pueblo japonés ante cualquier flexibilización de posturas sobre un tema de carácter nacional de hondo calado cultural e histórico.

El triángulo Afganistán-Pakistán-India afecta a Rusia en igual medida que puede afectar a los territorios antiguamente pertenecientes a la URSS, unas veces por extremismos religiosos, otras por razones étnicas y casi siempre una mezcla de ambos.

La permeabilidad de fronteras fruto de la estructura social y formas de vida nómada, elemento de valor para instigar revueltas exteriores durante la época de la intocable URSS, se ha convertido en un factor a controlar en la zona. El mantenimiento de tropas regulares y de fronteras por parte de la Federación Rusa en Kirguizistán y Tayikistán obedece a tales intereses de control.

Respecto a Afganistán, Rusia no está implicada en su reconstrucción, pero sigue de cerca los acontecimientos, más aún en los movimientos de población tayika hacia el norte. Sigue en todo caso el doble juego de no empleo de esfuerzos pero saber que cualquier oferta por su parte será bien recibida por el resto de la comunidad internacional, posibilitándole, a tenor de cómo evolucione la situación afgana, una salida al océano Índico a través de Irán.

Posiblemente la cruz de intereses China-Pakistán, Rusia-India haya pasado a ser un arco Rusia-China-India, en el que cualquier avance entre las dos últimas mencionadas supondrá un crédito de estabilidad entre las dos primeras.

Respecto a Kazajistán, la frontera con Rusia es casi testimonial, pero la que comparte con China es precisamente la de la provincia de Xinjiang con los problemas étnicos y religiosos referidos anteriormente. Uno de los

pasos seguidos para solventar parte de los problemas fronterizos entre China y Kazajistán ha sido aumentar las autorizaciones de personal chino para trabajar en el lado kazajo de la frontera. La anterior preocupación para la Federación Rusa de su permeabilidad fronteriza con Kazajistán ante las limitaciones impuestas por la Unión Europea para el movimiento de personas, lo es ahora por obvios motivos de seguridad relacionados con el equilibrio étnico. Por otro lado, Rusia no ha mostrado demasiado interés en resolver los problemas que ello conlleva en sus transacciones con Europa, lo que muy probablemente sea a la par, una muestra de la reciente despreocupación de Rusia hacia el Viejo Continente.

Nuevamente dejamos para el final la situación coreana. La estabilidad de la región pasa necesariamente por una definición clara del problema norcoreano. ¿Permanencia de un régimen autoritario y prácticamente autárquico?, ¿negación de la realidad nacional de hambrunas y nulo crecimiento?, ¿vigencia del sistema comunista a toda costa? Sea como fuere, hay una realidad de necesidades que relacionan a la Federación Rusa y a Corea del Sur, que de ninguna forma puede ser solucionado sin la participación activa y positiva de Corea del Norte. En primer lugar, la prolongación del ramal oriental del ferrocarril Transsiberiano hacia la península de Corea, permitiría a la Federación Rusa establecer por un lado la salida a puerto practicable en la totalidad del año, y por otro, tener como terminal una nación, Corea del Sur, cuya actividad industrial necesita de forma imperiosa el preciado combustible que en cantidades ingentes Rusia le puede proporcionar. En segundo lugar, los niveles tecnológicos alcanzados por Corea del Sur mediante la constante colaboración norteamericana, permiten a la Federación suministrarse de posibles fuentes que rentabilicen sus procesos de extracción, control y transporte de los productos energéticos.

No se puede decir que haya una labor de zapa de Rusia hacia Estados Unidos en la zona, pero de alguna forma, los dos mejores aliados norteamericanos en Asia, Japón y Corea del Sur, están participando de forma, si no consciente, sí patente en hacer perder la influencia de Estados Unidos en la zona. Japón mediante la suelta de lastre en forma de Fondos del Tesoro norteamericano, debilitando el dólar, y Corea mediante una colaboración más directa con Rusia en la resolución del problema nuclear de Corea del Norte, porque supone además una resolución de la cuestión de reunificación y la recepción de combustible por vía directa desde el Estado productor.

Plus Ultra. El Pacífico, un océano de intereses

Tal y como anteriormente apuntábamos, la Federación Rusa es geográficamente la tierra corazón de Eurasia, y como tal se comporta desde un punto de vista geoestratégico si nos atenemos también a las teorías de McKinder.

Pero no ha sido siempre así. Curiosamente sus estrategias de expansión, o mejor dicho de influencia, durante la época soviética dieron relativamente exiguos resultados a tenor del empeño demostrado en determinadas áreas como podía ser la zona Iberoamericana y el Pacífico Sur. En el primer caso debido principalmente al principio de la «Doctrina Monroe», con su afianzamiento mediante el «Corolario Roosevelt» de principios del siglo XX, y en el segundo porque las extensiones marítimas a controlar suponían un sobreesfuerzo de material de navegación y distancias a recorrer en un mar circundado de territorios fuera de su esfera de control, unas veces bajo el paraguas de la Commonwealth, otras de países en los que los intereses estadounidenses eran prioritarios u otras debido a estados en los que las estructuras de poder eran opuestas al ideal socialista preconizado por la URSS. Un caso particular pudiera considerarse las incursiones de la URSS en el continente Antártico, no exento de connotaciones que posteriormente analizaremos.

Tras la debacle de la URSS comenzó una etapa en la que las acciones exteriores de la Federación Rusa se movieron hacia el afianzamiento de las relaciones con los Estados circundantes. En el interior las energías se asignaron a regular la maltrecha economía y solventar los problemas de índole independentista de las áreas del Cáucaso.

La visión que *a priori* presentaba la nueva Rusia, era de una extrema debilidad interna y de desprestigio externo. Quizás por ello, las políticas de Estados Unidos hacia su área sur iberoamericana se vieron desplazadas en cuanto a atenciones de los sucesivos presidentes de Estados Unidos, puesto que daban por segura la inacción de Rusia sobre su área de influencia y control estratégico más cercanos. A la postre se han demostrado como un cálculo completamente erróneo.

La intervención estadounidense en la primera guerra del Golfo y en Kosovo, la invasión de Irak y la intervención en Afganistán eran asuntos de la suficiente envergadura como para entender que la estabilidad en el flanco sur de Estados Unidos estaba asegurada, o cuando menos que

no debían ser identificados como prioritarios. Tal percepción norteamericana se hizo aún más clara con la administración Bush, actuando de forma casi exclusiva en la lucha militar contra los carteles de la droga del área, olvidando las políticas de reforma democrática o de apoyo financiero para proyectos económicos.

Pero casi 20 años de olvido dan mucho juego en la política de países en los que el desarrollo social es más lento que en otras naciones y en los que a la inestabilidad política se le suma un limitado nivel económico y cultural de sus poblaciones. Todo ello son el perfecto caldo de cultivo para la aparición de nuevas figuras en la escena política capaces de arrastrar a naciones enteras a un nuevo nacionalismo de corte populista, apoyados en promesas sobre la regeneración económica, en las reivindicaciones de poblaciones indígenas mayoritarias, en el reparto social de tierras, en la nacionalización de capitales y recursos, etc.

En definitiva, la «Paz Perpetua», la «Pax Americana» vaticinada por Francis Fukuyama se adivina imposible como idea de condimento necesario para el desarrollo y la democracia efectiva a nivel regional. El alejamiento de los países iberoamericanos de Estados Unidos, aún generados en la misma Iberoamérica, no ha sido impedimento para que la Federación Rusa deje su impronta, o al menos se deje ver como activo en la zona.

Puede entenderse de diferentes formas tal actividad rusa, ya bien desde el prisma de apoyo a la política exterior China en el área, reduciendo en la medida de lo posible el número de países iberoamericanos que reconocen a Taiwan, y casi siempre con contrapartidas económicas de desarrollo regional, o como una forma de reivindicar la posibilidad de no solamente abrir el cerco estratégico que supuestamente ejercen Estados Unidos y la Organización del Tratado del Atlántico Norte a Rusia, sino de crear lo propio en su propio terreno a la hasta ahora indiscutible potencia mundial, Estados Unidos. En tal clave han de entenderse las respectivas visitas de los presidentes Hu Jintao a Cuba y de Medvédev a Cuba, Brasil, Venezuela y Perú, así como la reciente correspondencia del presidente venezolano Hugo Chávez a Rusia.

Pasamos a analizar con más detalle los puntos de interés rusos en el área iberoamericana, teniendo en cuenta que bajo según que faceta de las dos expresadas anteriormente se afronten tales intereses, (la de interés puramente nacional o de colaboración con China), así serán mayores o menores los puntos de colaboración del gigante chino y la Federación

Rusa, y por tanto mayores las capacidades de obrar en materia de seguridad en el área asiática por ambos Estados, o al menos de no generar fricciones.

En todo caso es de interés advertir que la presencia de China en el continente iberoamericano tiene trazas económicas más que de interés político, con la salvedad indicada sobre el rechazo al reconocimiento oficial de Taiwan.

Como pequeño freno a la determinación de Suramérica como objetivo de mercado chino puede identificarse la consolidación de la Asociación del Libre Comercio de las Américas, pero el sistema neoliberal que preconiza la propia organización no es opuesta a las posibilidades de inversión o de comercio exterior de sus 34 Estados miembros con terceros países. En tal sentido y por simple oposición a Estados Unidos, Venezuela y Cuba inicialmente y con posterioridad unidos a éstos Bolivia y Nicaragua, crearon la Alternativa Bolivariana de las Américas, cuyos lazos comerciales ajenos al área geográfica americana, suponen si no una oposición a sus objetivos, sí una incongruencia con su marco territorial. Lo cierto es que se afianza el distanciamiento de parte de Iberoamérica respecto a Estados Unidos, y por ende, un acercamiento hacia su tradicional oposición, Rusia, con tratos comerciales preferentes hacia ésta y con segundo proveedor mercantil a China.

¿Cómo ha aprovechado Rusia la situación iberoamericana? En primer lugar y tal y como se apuntó previamente, utiliza su acercamiento al Cono Sur americano como claro mensaje de advertencia hacia Estados Unidos. Más aún, restringe el diámetro defensivo de Estados Unidos a la vez que amplía el propio, desplazando las áreas de control americano en Asia mediante la presión económica relativa a suministros energéticos y futuros beneficios en caso de colaboración con Corea y Japón. De esta forma dispone de unas nuevas «antinorteamericanas picas en Flandes» además de la siempre dispuesta Cuba. Pero además, no hay que perder de vista el aspecto pragmático-económico de la acción rusa en estos países.

Con relación a Perú, Rusia vende material de guerra, principalmente helicópteros (además de formar a parte de su oficialidad), a lo que añade el interés de determinadas empresas rusas de colaborar en los campos de prospección y extracción de hidrocarburos, aspecto este último que es reiterado permanentemente por Rusia en lo que se refiere al resto de países del área. Como ejemplo caben mencionar las estrechas co-

laboraciones entre Moscú y Brasilia dentro del marco de los países de economías emergentes: Brasil, Rusia, India y China, que según sus dos mandatarios, merecen un afianzamiento y profundización de relaciones. Ello se ha mostrado como una realidad tras la visita del presidente ruso Medvédev a Brasil en el que se produjeron encuentros con empresarios privados brasileños de los campos energéticos, financieros y mineros. De hecho el consorcio estatal ruso Gazprom tiene prevista la apertura de su primera sede en Brasil a finales de este año. Por su parte, Brasil se prevé convertir en la principal plataforma de lanzamiento de satélites geostacionarios rusos por su cercanía al ecuador, con lo que los costes de lanzamiento y mantenimiento de órbitas serán más reducidos que en la actualidad.

Al hablar del interés ruso en Iberoamérica no es posible dejar pasar por alto Venezuela. Los puntos de colaboración son múltiples porque la orientación unidireccional de la política del presidente Hugo Chávez, que no es otra que retar a la hegemonía norteamericana, ofrece el mejor de los escenarios de actuación para su antagonista estratégico.

La deficiente economía venezolana fruto de la desconfianza inversora de particulares y multinacionales frente a la acción directa presidencial y de unas leyes configuradas *ad hoc* según se presente la ocasión, oferta una amplia gama de posibilidades a gestionar por el Estado ruso o grandes corporaciones, a fin de cuentas también el Estado ruso y cómo no, una de ellas es la energía.

Rusia no puede hacer gala de su alta tecnología en cuanto a sistemas de extracción de hidrocarburos, pero los fondos adquiridos a través de ellos le permiten tener una holgura suficiente como para realizar inversiones multimillonarias en Venezuela (no olvidemos, también productor de petróleo), en concepto de construcción de refinerías, industrias de ensamblaje de automoción, industrias de aluminio o construcción de centrales nucleares. A ello debe unírsele, dentro del marco de las «relaciones de cooperación estratégica» sentenciadas por los dirigentes de ambos países, la venta de material de guerra (fusiles *Kalashnikov*, carros de combate T-90, cazas Su, helicópteros, submarinos y navíos de superficie), durante las primeras maniobras combinadas de los dos países en aguas del mar Caribe.

Es precisamente en este mar, donde la Federación Rusa, en colaboración con Cuba ha realizado las primeras prospecciones petrolíferas en el

golfo de México, en la zona que hasta ahora era una exclusividad norteamericana y mexicana.

La acción rusa en otros países *a priori* orientados a prestar todo tipo de apoyos estratégicos, como pudiera ser Bolivia se ve dificultada básicamente por la situación geográfica de ésta, enclaustrada en el subcontinente y sin salida al mar, a cuyo acceso seguirá oponiéndose Chile mientras una fuente de discordias separatistas en la zona siga presente. Y no es un caso único.

Panamá es un claro eje de controversias aunque bajo pleno control norteamericano. Los accesos a Cuba, Venezuela o Brasil como mejores aliados en la zona de Rusia, necesitan del empleo del canal de Panamá o ser realizados a través de Perú con la infranqueable barrera andina y el curso del Alto Amazonas o a través del cabo de Hornos con los encarecidos y peligrosos costes de navegación así como las ampliaciones de tiempo de transporte consecuentes.

A tenor de los resultados electorales del pasado mayo, la victoria del candidato opositor Ricardo Martinelli, del Partido Cambio Democrático, y firme aliado de los partidos derechistas, pudiera ser una tarjeta de cambio interesante a seguir en cuanto a perspectivas de uso para el tránsito por el Canal, y por tanto de rentable acceso a Venezuela, Cuba y Brasil, y más que por orientación política del nuevo mandatario (que no escatima esfuerzos en clarificar su «no» pertenencia a ideas de derechas o de izquierdas), por mera gestión utilitaria del mismo. Debe tenerse en cuenta que el presidente Martinelli fue ministro del Canal de Panamá durante la Presidencia de Mireya Moscoso, de 1999 a 2004, bajo el gobierno del Partido Panameñista. En definitiva, parece ser que el control del Canal seguirá estando bajo la vigilancia e influencia norteamericana, salvo que razones prácticas de interés nacional y de gran valor para los panameños se pongan en juego.

Más al sur aún queda la Antártida. De los 46 Estados miembros signatarios del Tratado Antártico, hay 12 presentes como primeros firmantes del mismo en el año 1959, entre los que está la Federación Rusa. En ocasiones, y quizás no sin parte de razón, se han asimilado los intereses de las naciones en el Antártico a los existentes en el Ártico, pero tal similitud es quizás un tanto superficial. Veremos que la gran diferencia estriba en las posibilidades de acceso a recursos por menores costes de explotación, puesto que la existencia de superficie terrestre en la Antártida permite

asentamientos seguros y estables así como la permanencia de infraestructuras, y en la indefinición de un marco legal con responsabilidades jurídicas algunas.

En el Ártico la configuración del fondo marino en relación a la definición de plataforma continental y por tanto zona de interés o territorialidad nacional, ha dejado al descubierto claras disensiones entre los Estados limítrofes, creados por la nueva capacidad de acceso a recursos en el subsuelo en fechas recientes accesible por la desaparición parcial de la capa de hielo polar. Canadá, Estados Unidos, Noruega, Dinamarca y Rusia pulsán las reacciones de sus oponentes a la implantación de la bandera nacional a 4.000 metros de profundidad (Rusia), instalación de bases militares en zonas despobladas para reafirmar la soberanía (Canadá y Dinamarca), instalación de radares antimisiles (Estados Unidos), o las prospecciones de petróleo (Noruega). Y todo ello en un marco jurídico como la Convención del Derecho del Mar de Montego Bay (no ratificado por Estados Unidos). Ahora bien, no es el caso de la Antártida. El Tratado Antártico es una limitación de tipos de trabajos a realizar o instalaciones a establecer en el territorio Antártico, pero no soluciona o pone límites a las reivindicaciones territoriales de modo alguno que cualquiera de los estados interesados pudiera realizar.

La «caja de Pandora» ha sido abierta por Reino Unido (signatario original del Tratado), al incluir como área de prospección energética sus territorios Antárticos a partir del año 2008. Rusia mantiene en la Antártida cinco bases permanentes que dan continuidad a la presencia del gigante en la zona.

Pero la declaración formal británica no creemos sea una novedad para la Federación Rusa, puesto que ya en el año 2007, el buque de investigación *Académico Fiódorov* estuvo trabajando durante siete meses en prospecciones mineras y energéticas en la zona pacífica de la Antártida, aunque la única declaración formal de resultados lo fue respecto al descubrimiento de las reservas de agua del lago Vostok, bajo la capa de hielo continental.

En toda el área pacífica sur si hay un país que destaca es Australia. miembro de la Commonwealth y de tradición occidental, comparte poco más que puertos de atraque y un destino de exportaciones de uranio con Rusia. No depende del petróleo ruso en cuanto a importaciones, aunque su capacidad de producción sea limitada, las carencias detectadas en

cuanto a cantidades las suple con crudo procedente de los países de los Emiratos Árabes Unidos.

Pese a la relativa falta de puntos de conflicto o negocio, tras el ataque de Rusia a Georgia en el año 2008, las declaraciones del gobierno de Camberra amenazando sobre la cancelación de envíos de uranio a Rusia como medida de presión rompiendo el acuerdo firmado para suministro durante 20 años firmado en el año 2007, no quedó sin respuesta por parte rusa. Mediante un comunicado de su embajador hizo saber que cualquier reducción de exportaciones a Rusia del mineral radiactivo acarrearía serias consecuencias económicas a Australia. No matizó en su comunicado la forma en la que se dejaría sentir tales consecuencias, pero semejantes declaraciones oficiales no deben tomarse a la ligera y de hecho las exportaciones de uranio australiano han seguido siendo las mismas que en años anteriores.

Posicionamientos en materias de seguridad rusas en Asia y Pacífico

Alexandre de Marenches, director de los Servicios de Inteligencia franceses entre los años 1970 y 1981, trabajaba sobre un mapa centrado en el océano Pacífico por ser lo que por aquel entonces entendía como el *Mare Nostrum del futuro*. En sus prospectivas establecía como los principales puntos de decisión a San Francisco, Vancouver, Pekín, Tokio, Sydney y Vladivostok.

A medida que las crisis energéticas iban apareciendo los mapas de casi todas las agencias de información se centraban Oriente Medio, con pocas modificaciones, unas hacia el Cáucaso y otras hacia las posibles vías de suministro y países consumidores.

En Europa nos centrábamos inicialmente en las fuentes del crudo en el golfo Pérsico y su transporte por vía del canal de Suez. No fue hasta la primera crisis del gas del año 2006 cuando en Europa nos dimos cuenta que los problemas reales tienen muchos orígenes y que en lo que hay que trabajar desde un principio es el foco del problema, más que centrarnos en buscar soluciones. De esa forma la vieja Europa será siempre el remolque de la situación cuando tiene pretensiones de ser el motor.

Poner impedimentos arancelarios a Rusia o limitaciones de movimientos de personas basadas en la fragilidad de sus fronteras con los países de

la CEI, insistir en políticas de expansión a alianzas militares por muy pacíficas que sean cuando en la dialéctica de los dirigentes de la Federación Rusa se ven como un constreñimiento a la seguridad exterior de Rusia o pretender controlar el Cáucaso siendo un área de interés geográfico y de estabilidad del sur de Rusia con minorías étnicas dispersas en la ya de por sí inestable zona con sus propios conflictos internos, ha hecho que el gigante herido haya retomado nuevas fuerzas. Nuevas fuerzas que no las ha orientado a luchar contra las barreras impuestas desde Europa, sino en avanzar en aquellos campos de beneficio común en Asia.

Rusia sabe que la capacidad de respuesta europea ante el mercado energético está basada únicamente en la vía de inversiones económicas o de control físico de las vías de transporte de petróleo hacia el Viejo Continente. La segunda ha quedado claramente en manos de Rusia por el control férreo del área caucásica, tanta como para proseguir el conflicto de Georgia por vías no pacíficas, avisando de las posibles consecuencias negativas de avances con Ucrania y dejando entrever las posibilidades de acción respecto a sus minorías étnicas en Europa como pueden ser las de Transnistria. Sobre la primera opción de respuesta europea, Rusia ha dado firmes pasos de gigante y no con pies de barro hacia el área asiática.

Para Rusia, la seguridad de la zona es la seguridad de sus inversiones futuras, y por otro lado ha habido cambios reales en las perspectivas estratégicas rusas que están dando sus claros frutos en materia económica y que deben ser afianzados mediante la necesaria estabilidad regional. Es una pescadilla que se muerde la cola pero cuyo eje de giro es Asia y no Europa.

Europa ha jugado con la autocomplacencia de los frutos de la integración y el final de la cuestión alemana, pero en ningún caso debiéramos haber llegado a pensar que ello daba como resultado un cheque en blanco frente a Rusia.

La Federación Rusa ha puesto y está poniendo mucho en juego hacia Asia llegando a límites de despreocupación sobre lo que pueda ocurrir en Europa. ¿Cómo puede oponerse Europa a ese desinterés ruso ante los hechos que mostramos a continuación?

Rusia, desde el punto de vista territorial:

1. Ha cedido territorio «patrio» a China, solventando por un lado el problema de propiedad y limitando a la par a China en sus posibles reivin-

dicaciones territoriales o de acción política posteriores sobre su área de interés de Kazajistán, por ser limítrofe con la provincia china de Xinjiang.

2. Ha retomado las conversaciones con Japón sobre el área de las Kuriles y Sakhalín sin hacer frente común con el mismo contra los intereses que pudieran enemistarlos con China.
3. Controla militarmente las fronteras de Kirguizistán y Tayikistán respecto a los Estados islámicos del sur asumiendo los costes que de ello se derivan.
4. Ha iniciado las actividades de prospección (si no las ha retomado), en la Antártida reafirmando su presencia en las cinco bases permanentes del continente, y especialmente en las situadas en el sector Pacífico del mismo.

Desde el punto de vista económico:

1. Afianza mediante el sistema de «energía por inversiones» su más seguro comprador, que no es otro que China.
2. Sobrepaga la producción energética de Turkmenistán aún sin necesidad de ello de tal forma que limita el acceso de Europa a esa fuente energética, sin poner límites a los países de la zona pertenecientes a la CEI para transporte de combustibles a China, pese a que pudiera entenderse como un favor a sus competidores en venta de crudo asiáticos.
3. Reduce sus reservas de Fondos del Tesoro de Estados Unidos a la vez que potencia el cambio de la moneda de referencia mundial apoyando la propuesta china en igual sentido.
4. Ha establecido relaciones comerciales preferentes e iniciado programas de investigación y prospección energética con países del Cono Sur americano, de tal forma que su vía natural de acceso es el océano Pacífico.

Desde el punto de vista político:

1. Es parte fundamental de las conversaciones a seis bandas para la resolución del problema nuclear de Corea del Norte.
2. No sufre desgaste interno respecto a su opinión pública ni externo de imagen por las acciones de la coalición en Afganistán aún teniendo presente que la sola mención de su implicación sería bien recibida por el resto de la comunidad internacional. Su papel de juego es esperar a actuar sólo si conviene.
3. El sistema político ruso permite la continuidad de figuras dirigentes pese a la democrática alternancia, con lo que las políticas estableci-

das lo pueden ser a medio o largo plazo, pudiendo ser corregidas en caso necesario sin excesivos cambios estructurales.

Y finalmente, desde el punto de vista militar:

1. Inicia las acciones militares en el Cáucaso mostrando más que su eficacia militar, que también, su firme determinación de actuar en defensa de sus intereses.
2. Se atreve a realizar unas maniobras militares en el Caribe en aguas internacionales consideradas hasta la fecha de los ejercicios como de pleno control estratégico por Estados Unidos.

Será difícil determinar sin más datos, qué aspecto es más importante o cuál de ellos se prioriza desde el punto de vista ruso, si la economía o la seguridad, pero en lo relativo al área asiática están claramente ligadas. Ligadas entre ellas y conexas a la debilidad europea en muchos frentes. Sea como fuere, los datos de fuentes de información abiertas y las acciones hasta ahora llevadas a cabo por Rusia en los últimos 10 años nos incitan a pensar que está ejerciendo un relativo esfuerzo en ambos conceptos, tanto seguridad como economía.

No podemos determinar si la visión de Rusia hacia Europa es de desinterés por considerarla «batalla ganada», de simple dejación ante un área que poco tiene ya que ofrecer o si simplemente el área del Pacífico y Asia ofrecen unas nuevas oportunidades hasta ahora no exploradas. Muy probablemente una mezcla de las tres.

Sea como fuere no hay duda que el empeño ruso obedece parcialmente a solventar el problema de estabilidad del área asiática y su proyección hacia el océano Pacífico. Su extensión, sus recursos naturales, su potencial demográfico también y su determinación a seguir siendo un actor a escala mundial, le dan suficiente juego como para serlo a nivel regional asiático.

Lo que hasta hace pocos años era una competición de liderazgo con China ha pasado a ser una relación de acuerdos, tratados, colaboraciones y buenos deseos.

Muy probablemente los actuales dirigentes rusos estén dando la razón a Alexandre de Marenches sobre el lugar en los que centrar los planos.

CAPÍTULO TERCERO

LA PROYECCIÓN ECONÓMICA INTERNACIONAL DE RUSIA